

Sistema nervioso

LINA MERUANE



Esta es la historia de una familia amarrada por una trama obsesiva: la precariedad del cuerpo, sus males incesantes, la inminencia de la pérdida. En esta particular biografía clínica de todo un clan, cada miembro va eludiendo los embates de la vida con ansiedad, con afecto, con resentimiento y violencia, con culpa, con imaginación, con chispazos de humor negro. Y con malentendidos que hacen saltar los circuitos del nervioso sistema familiar. El pasado y el presente orbitan por estas páginas narradas desde la perspectiva de una protagonista que, radicada en el extranjero, mantiene un equívoco contacto con su familia mientras intenta escribir una tesis astronómica que va moviéndose por las estrellas y las galaxias e internándose por agujeros negros cada vez más profundos. La prosa perspícaz, meticulosa y eléctrica de la autora hila diestramente universos físicos cósmicos y corpóreos amenazados por la extinción; ese tejido constituye el eje de este sistema narrativo con que Lina Meruane regresa a la novela tras la premiada *Sangre en el ojo* y consolida una contundente trayectoria literaria que ya cumple dos décadas.

A mis hermanos en órbita

Un sistema no tiene una sola historia sino todas las historias posibles.

RICHARD FEYNMAN

agujeros negros (presente inquieto)

El país se había quedado a oscuras. Era un inmenso agujero negro, sin velas.

En otro tiempo, en otro lugar, su casa estuvo llena de velas *flacas largas nebulosas*, envueltas en papel azul o amarradas con un cordel, para emergencias.

No había velas en el país del presente donde la luz no se iba nunca. Nunca, hasta que se fue.

Ella vio morir la lámpara que a medias iluminaba su cara y apenas la noche. Se quedó unos segundos con las manos sobre el teclado, parpadeando ante la luz de su pantalla llena de números. Ella. Preguntándose si habrían saltado los tapones. Si sería un mero apagón o un atentado en la vieja estación nuclear construida y abandonada durante la guerra fría. No muy lejos de su edificio, esa energía atómica que en cualquier momento podía estallar. Siempre al borde de la catástrofe, su país del pasado solía sufrir de fallos eléctricos por las inundaciones, o por la caída de nieve sobre los árboles y de ramas sobre los postes de la luz. Cables pelados electrocutando al viento. Se subían los canales y los ríos. Y se estremecían los edificios por el roce perpetuo de las placas subterráneas. Crepitaban los volcanes salpicando lava. Los bosques ardían, los árboles se desplomaban chamuscados hasta la raíz, las casas en sus cimientos, los *camino carteles panales derretidos*, los pájaros aleteando. Calcinados sus cuerpos si no apuraban la evacuación.

Esos, sus cuerpos, poseídos por la luz.

* * *

Esto me va a atrasar, exclamó Ella levantando los brazos; más, me va a atrasar aún más, y le aullaba a Él que seguro ya la había sentido en alguna esquina abriendo y cerrando cajones con violencia, en vano buscando una linterna. Ella

revolvía papeles y llaves y maldecía. Él subió su voz incendiaria para decirle deja eso, Electrón. Era lo que llevaba meses diciéndole, que cerrara su computadora, que renunciara a su tesis de doctorado y a las angustias que le acarreaba la cadena perpetua de semejante investigación.

Trabajar horas tan largas podía hacerla estallar. Eso decía Él, que sabía de estallidos. Pero no dijo estallar ni dijo reventar, dijo, quemándose la lengua en un café que acababa de prepararse y que ahora equilibraba a oscuras en su mano. Como si escupiera, dijo cortocircuito. Y Ella vio una chispa rápida recorriendo sus nervios. La piel cubierta de pelos *encendidos vibrantes eléctricos*.

* * *

Incluso las más insignificantes e imprecisas estrellas salpicaban ahora la noche con su luz. Parecían humear de tan encendidas sobre la apagada ciudad. Se detuvo en la ventana a admirarlas. Las radiantes constelaciones, el pulverizado universo de la física que Ella no lograba atrapar en esa tesis que llevaba años escribiendo. Años sin escribir. Había empezado estudiando las órbitas elípticas y sus campos magnéticos, los cinturones de asteroides y los restos de supernovas milenarias; le había dedicado meses o tal vez años a los sistemas estelares más cercanos al sol buscando en vano planetas habitables y conjeturó la posición de astros parecidos a la tierra. Una cosa llevaba a la otra y refutaba la anterior, obligándola a reemprender su investigación.

Su último esfuerzo lo dedicaría a las estrellas que ya habían perdido su luz y colapsado sobre sí mismas formando densos agujeros negros.

Solo que esos agujeros requerían un director que supiera de ellos y quisiera hacerse cargo de guiarle la tesis. Uno que confiara en que Ella estuviera preparada para lidiar con esa densidad. Ni siquiera Ella estaba segura de lograrlo, y se le estaba acabando el tiempo.

* * *

De golpe se encendieron todas juntas las ampolletas, como vitalizadas por un rayo. Se reanudaba la función con horas de intervalo. Abrió una lata de cocacola llena de azúcar y cafeína que se tomaría antes de sumergirse otra vez en la pantalla, a expensas de sí misma. Calcularía cifras de desviación cósmica y radiación. Mediría el desplazamiento de las estrellas que se estiraban alrededor del agujero *giratorio voraz punto de no retorno* que se las iba a tragar. Y teclaría fórmulas que luego procedería a descartar.

Él la vería asomarse por la puerta, esa mañana y las siguientes, y arrugaría la cicatriz que llevaba atravesada en la frente. Ella comprendería que Él también había dejado de creer que Ella pudiera terminar.

* * *

Fue pensando en apagones y agujeros insondables que se le encendió la ilusión de enfermar. Pensó en ello sin decidir qué enfermedad. Una peste o una gripe no le procurarían la pausa que necesitaba para terminar la tesis. Una pulmonía le impediría trabajar. Un cáncer era demasiado riesgo. Entonces rodó por su memoria el Padre con la úlcera sangrante que lo tuvo en cama varios meses: se imaginó acostada en otra cama, con su computadora encima, comiendo huevos pasados por agua e insípidas galletitas y tomando irritantes sorbos de cocacola a escondidas.

Enfermar: se lo iba a pedir a la madre que la parió, la madre genética y ya difunta. La que no llegó a conocer. La invocaba siempre para lo difícil. Prendiéndole un incienso le rogó que la enfermara de algo grave pero pasajero. No morirse como la madre, de manera repentina. Solo lo suficiente como para pedir una licencia de un semestre sin dar todas esas clases de ciencias planetarias a tantos alumnos distraídos a quienes había que *enseñar evaluar olvidar de*

inmediato. Solo la baja temporal de ese trabajo mal pagado para poder entregarse a otro que no pagaba nada.

No tenía a quién más pedirle. Su Padre ya le había entregado lo que tenía.

* * *

Historia de un pacto secreto. Nadie sabía que el Padre había financiado sus estudios en el país del presente con los ahorros destinados a su futura vejez. De ese acuerdo mutuo habían restado a sus tres hermanos y a esa Madre que no era suya. Porque la Madre que vino a llenar la ausencia de la madre primera jamás lo hubiera consentido. ¡Toda esa plata!, hubiera exclamado en defensa de sus hijos mellizos y desheredados. ¡Es una fortuna!, argüiría temiendo las indignidades que ese gasto podía suponerle al Padre.

El Padre jamás le hubiera contado a su segunda esposa que esa era la promesa hecha a la primera, grave tras el parto de su hija. Prométeme que estudiará lo que Ella quiera, que le pagarás la carrera que elija sin ponerle condiciones, murmuró con voz vacilante pero segura de que se iba a morir. Es lo que yo hubiera querido. Lo que hubiera hecho. Estudiar. De no haberme, y se detuvo, cerró los ojos un segundo largo. Casado, dijo, su frase se iba desangrando. Tan joven, yo, contigo. Lo que hubiera.

* * *

Él, ya peinado y vestido y afeitado, ya acabando su desayuno, listo para partir al laboratorio de carbono a fechar unos huesos recién desempolvados. Ella vestida pero despeinada se arrastra al dormitorio para escoger su uniforme de profesora y recoger los apuntes de las cinco clases que va a dictar ese día en tres escuelas de la ciudad. Con ojos opacos se sienta a la mesa y le confía a Él lo que quiere. Enfermarse. Conseguir seis meses libres. Quedarse en casa sola con sus dos manos, con las ochenta y dos teclas bajo

diez dedos dejándose caer de manera intermitente. Imprimir sus huellas en una tesis a la que le faltan arduas semanas de mesa.

Be careful what you wish for, es lo que Él le contesta juntando las cejas en una sola línea. La nariz afilada apunta al plato vacío mientras murmura su advertencia. No necesitas la aprobación de tu viejo, dijo con aire hastiado, ni siquiera tienes que decirle que no has terminado, que quizás ya no termines. No te hace falta ese título, Electrógena, no para dar tus clases de astronomía. De ciencias planetarias extraterrestres, precisa Ella.

Ella no le había confesado que nunca tuvo una beca para estudiar ni de dónde había salido hasta el último peso, de qué bolsillo, ni le había contado que acababa de llamar a su Padre para decirle ya defendí papá, ya soy doctora. Ni que su Padre había contestado con tristeza o tal vez con rencor, ya era hora, hija. Que su Padre se quedó en silencio antes de informarle que Ella era la única doctora de la familia. Etimológicamente doctora, murmuró el Padre mientras a Ella se le contraía la voz.

No sabía para qué le había mentido, pero eso también era mentira.

* * *

Be careful, y se levantó de la mesa y salió sin despedirse.

9 semanas. 63 días. 1512 horas más tarde Ella seguía siendo la opaca habitante de ese departamento donde, más que vivir juntos, comer juntos, dormir juntos, enredar sus piernas hasta confundir sus cuerpos. Ella se encerraba a trabajar. Los exámenes ya estaban corregidos, las notas de sus alumnos entregadas. Había terminado el semestre sin un estornudo, sin una migraña, pero ya empezaba el verano y el tiempo era completamente suyo y trabajaría sin interrupción.

Y tecleaba, sí, pero se interrumpía, se distraía, escribía mensajes electrónicos en su teléfono llenos de pifias ortográficas, buscaba términos excluidos, apuntaba palabras inconexas que rimaban pero no servían para nada aunque contenían una extraña belleza. Y se mordía una uña hasta hacerse sangre o se rascaba la pierna y se preparaba un té con leche y se asomaba por la ventana y volvía a sentarse.

* * *

Se inclina hacia atrás y estira sus dos brazos. Gira el cuello tieso hacia un costado y hacia adelante. Un calambre repentino le recorre la espalda y entonces, la quietud.

* * *

En ese verano caluroso y húmedo apenas corría la brisa agónica de un viejo ventilador.

Corrían *apresuradas rayas números en la pared* los días y las horas. 1564. 1598. 1613. Y en esas horas Ella seguía sin moverse, con una almohada eléctrica bajo la nuca. Maldita la mesa demasiado alta, la dura silla que ahora la obligaba a la posición horizontal. Maldito el latigazo cada vez que cambiaba de postura.

Dos días más y retomo el trabajo, decretó, y subió al máximo la corriente.

* * *

Haber querido arder. Con ambas manos suspendidas en el aire había sujetado la pequeña lata de parafina que se tomó de un sorbo. Ese cuerpo que era su cuerpo a los cinco años no retuvo el gusto del combustible que la Abuela usaba para atizar llamas anaranjadas y azules en la chimenea.

No lograba evocar qué había sucedido después.

* * *

Al apagar la almohada eléctrica y levantarse de la cama pensó en quemadura: un ardor insoportable se le había instalado en el *hombro nuca brasa*. Sentada ante la computadora sintió que una herida invisible la arropaba, sofocándola. El verano seguía recalentando los ladrillos afuera, y Ella, que se incendiaba al moverse, que moría al vestirse, decidió trabajar desnuda en la cocina.

Solo las aspas girando en el techo aplacaban ese escorzor.

Lo único que importaba ahora era la hoguera sobre su hombro.

* * *

¿Había buscado la quemadura o había sido un error introducir su mano por la rejilla que protegía la placa candente de la estufa? La marca que le dejó ese accidente voluntario de su infancia es ahora apenas una mancha de piel ajada que entonces debió cubrirle entero el dorso de la mano.

* * *

Inflammatio. In flames. En llamas. Ardor sin romance.

El antiguo filósofo de la inflamación se había enfriado hacía veinte siglos y yacía tieso, bajo tierra. Pero no podía yacer, ni tieso ni vestido ni desnudo, pensó Ella, sino desintegrado y diseminado bajo las ruinas. Se lo había explicado Él, su experto en huesos: del cadáver no quedaría ni una astilla ni un gramo de *cerebro sudor pelos en el pecho*. Solo calcio y fósforo. Y átomos de hidrógeno, dijo Ella, moléculas. Ese cuerpo ya no estaría expuesto ni a la más ínfima posibilidad inflamatoria que, según la había descrito ese mismo pensador, se distinguía por cuatro principios elementales.

Rubor. Tumor. Calor. Dolor.

Esas eran las señas que Ella había rastreado en su propia espalda, equilibrando un espejo entre su omóplato y la

clavícula. No estaba colorada. Ni hinchada ni caliente al tacto. No había rastro del daño pero ahí estaba el dolor como otra piel.

* * *

En vez de llamar a su Padre marcó el número de Él, para compartir con Él el enigma de la quemadura. No había ningún indicio de que se hubiera quemado. Ni siquiera está rojo pero me arde, le explicó mientras se extendía pasta de dientes sobre *torso espalda lenguas muertas*. Él solo sabía de huesos desecados. No sé qué decirte, y su voz se sentía distraída o tal vez hostil. No podía prestarle ayuda desde la remota ciudad del congreso al que estaba asistiendo, pero Ella siguió hablando como si se hablara a sí misma, sujetando el teléfono con los dedos pastosos. Me debo haber quemado por dentro, por debajo, es la única explicación que se me ocurre.

Él se lo había advertido. Demasiadas horas de trabajo. Demasiadas noches trasnochadas y días enteros de calor eléctrico aplicado sobre un músculo. Demasiado abandono de lo que ellos alguna vez habían sido. Pero no volvió a decirlo. Pregúntale a tu Padre, dijo, en vez.

* * *

Así se va muriendo el verano. Así, a regañadientes, a medio vestir, oliendo a menta y sin haber avanzado ni una línea en su manuscrito, decidida a abandonar la tesis hasta que remita el ardor, se sube a un avión para ir a encontrarse con Él en la remota ciudad del congreso.

Esa ciudad perdida de provincias, tan húmeda y fresca, tan agitada por ventoleras nocturnas, es un alivio.

Y aunque la quemadura y su fantasma persisten, su intensidad se va disipando. Se apacigua esa incertidumbre, pero entre Ella y su síntoma se instala otra cosa: un leve adormecimiento que comienza en el hombro y se extiende

por el brazo hacia el codo hasta alcanzar el dorso de la mano derecha, los dedos donde todo comenzó.

Esa era apenas una especulación, acaso no hubiera comenzado ahí. Ese omóplato y ese brazo estropeados admitían otras lecturas. Porque ya no era solo *hombro brazo túnel carpiano* sino la base del cráneo, el borde de la cara, la lengua.

Bajo la ducha tibia del hotel donde se están alojando Ella nota que se le ha desvanecido la piel. Se toca pero no se siente. La toalla deslizándose como un soplo por su espalda. Y cuando Él la toca, ¿qué siente?, pero hace mucho que Él no la toca. Cuando Él la observa, ¿la ve desaparecer?

* * *

Escribió brazo dormido en su buscador y ya no pudo dormir.

Consultó por escrito a un neurólogo del presente pero era un médico tacaño con las palabras, respondía con monosílabos cuando se acordaba de responderle los mensajes. Acudió entonces a su Padre, por más que los brazos dormidos no fueran su especialidad, y el Padre dijo por teléfono, desde las antípodas del pasado, que no parecía necesario apurar el regreso por una parestesia. El neurólogo coincidió en una línea lacónica sin puntuación, enviada desde el futuro, que un nervio pinchado no debía alarmarla. Pero su Padre opinó, en otra llamada a la ciudad remota, que un nervio pinchado no debía ser. La Madre opinaba lo mismo. Su hermano primogénito se tronaba los nudillos. A sus otros hermanos nadie los consultó.

Solo Él guardaba un nervioso silencio.

* * *

Y la mujer a la que llama Madre desde que la conoció es quien le manda mensajes de texto cada mañana para saber

cómo va el brazo por el que se extiende ese extraño sueño. Y Ella manda de vuelta con un informe contradictorio y sobre todo breve: *no hay cambios ni nada que agregar*. Y despidiéndose por escrito de esa Madre que es suya y ajena, teclea: *gracias por preocuparte, un gran brazo*. Solo al enviar su mensaje nota que sus dedos disléxicos han cortado una vocal.

* * *

Retrato de un brazo rebelde que se apoyaba contra las puertas del ascensor cada vez que subían desde el subterráneo. Que no se apoyara ahí, era peligroso, advertía su Padre pero Ella descansaba el peso de su infancia en esas puertas oxidadas que se deslizaban sobre sí mismas, rechinando. Las hojas de acero se abrieron cuando llegaron al sexto piso y entre ellas quedó apisonada la manga de su chaleco, sus músculos blandos, el hueso húmero. Y las puertas trancadas y la Madre *gritando rugiendo berridos de cabra*, temiendo que el brazo quedara separado del cuerpo cuando el Padre, asiéndola con sus manos enormes, la arrancó de un tirón.

Su Padre le dio una paliza inolvidable que Ella, sin embargo, ha olvidado.

La hija sentada sobre las piernas del Padre. La hija secándose los ojos mientras su Padre le cuenta un cuento que Ella tampoco recuerda. Hay tantos momentos dormidos en su memoria.

* * *

Esas están siendo sus forzadas vacaciones en la remota ciudad. En las tardes siempre está peor. Esperando al médico que el hotel ha pedido para Ella, ambos ordenan una sopa que sorben sigilosamente en el vestíbulo. Cada tanto alzan la vista del plato por si lo ven llegar, pero el doctor pasa

por delante de ellos como un fantasma desprovisto de sábana y se vuelve a ir, sin verlos.

Deberán esperar a que termine su ronda nocturna, esperar a que regrese por el brazo perdido y ya es mediodía. Campanas repicando desde lo alto de las iglesias.

* * *

Nombre de futbolista tenía ese médico, aunque su manera de examinarla era la de un entrenador o de un masajista. Le pidió que realizara una serie de movimientos coordinados en la pequeña habitación. Que caminara para adelante y para atrás, en línea recta. Que levantara los brazos con los suyos presionándolos por encima, para medir su fuerza. Que se tocara la punta de la nariz con un índice y con el otro, que con sus ojos siguiera el dedo que trazaba una línea horizontal. Le metió un nudillo entre cada par de vértebras preguntando si dolía, le palpó la cabeza buscando bultos, le torció el cuello sin que Ella ofreciera resistencia. Sopló los dedos de sus pies después de tocarlos con un alfiler. No daba con un diagnóstico. Tal vez fuera un nervio aplastado por una hernia discal, dijo, indeciso, pero tendríamos que mirarte bajo rayos.

Tamborileando la mesa con sus uñas recias recién cortadas, el Padre espera a que la hija le comunique qué ha determinado el médico del remoto país. Insiste en hablar con el generalista y entre ambos discuten su destino, que será peor para Ella si es el Padre quien acierta. El médico masajista indica una inyección que su Padre rechaza, y el médico desautorizado encoge los hombros y se da por vencido, se desentendiendo, le devuelve a Ella el auricular con su Padre dentro.

No es un nervio estrangulado, insiste el Padre impaciente al otro extremo del cable telefónico. Ese nervio tiene un recorrido que no es el de tu síntoma. Y con la voz grave del profesor que también ha sido, se limita a explicarle cuáles